

CARTA AL MARIDO

Linda de Finkenbinder

Querido esposo,

Yo sé que debo mantenerme humilde, dulce y sumisa. Ese es mi deseo. Tú eres mi Príncipe Azul, con el que siempre había soñado. Yo ansiaba que llegara el día de ser tu esposa para darte mi vida. Pero a veces me pregunto si hice bien.

¿Realmente me amas? ¡Me amas tanto como a tu propio cuerpo?

Cuando nos casamos, ¿Creíste que me estabas comprando? ¿Soy esclava tuya? Yo pensé que iba a ser tu compañera. Quiero compartir tu vida. Sé que tú tienes más fuerza física y emocional que yo, y yo necesito tu fuerza. Anhele ser la persona más importante de tu vida, no como una perrita debajo de la mesa esperando que me tomes en cuenta.

Cuando lloro, necesito que me tomes en tus brazos y no me regañes. El llorar me alivia la tensión. Si me tienes compasión, yo puedo ser más fuerte cuando tú me necesitas a mí.

Cuando discutimos y tú me regañas, me siento muy triste. ¿Quién te dio el derecho de regañarme? En cambio, cuando admites que has fallado y me dices: “La culpa es mía, ¡Perdóname!”. Me haces sentir muy orgullosa de ti. Eres digno cuando reconoces tus fallas. Cuando me hechas toda la culpa a mí, me es muy difícil mantenerme dulce y humilde.

Lo más difícil de todo para mí es darte mi cuerpo después de un disgusto, cuando tus palabras y actitudes han quebrantado mi espíritu. Cuando tu sientes algún dolor en el cuerpo, ese día no te interesa hacer el amor conmigo. Así me siento yo cuando me hieres emocionalmente. En esos momentos debes considerar mis sentimientos y consolarme con ternura, tomándome en tus brazos y asegurándome que me amas. Yo necesito saber que me aprecias y que te alegra mucho que soy tu esposa. Si haces esto, tendrás el gozo de oírme darle gracias a Dios por ti, y tendrás no solo mi respeto sino toda mi devoción y todo mi amor.

Tu esposa que te quiere